Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1952)
Heft: 4

Artikel: L'envers du décor
Autor: [s.n.]
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-797058

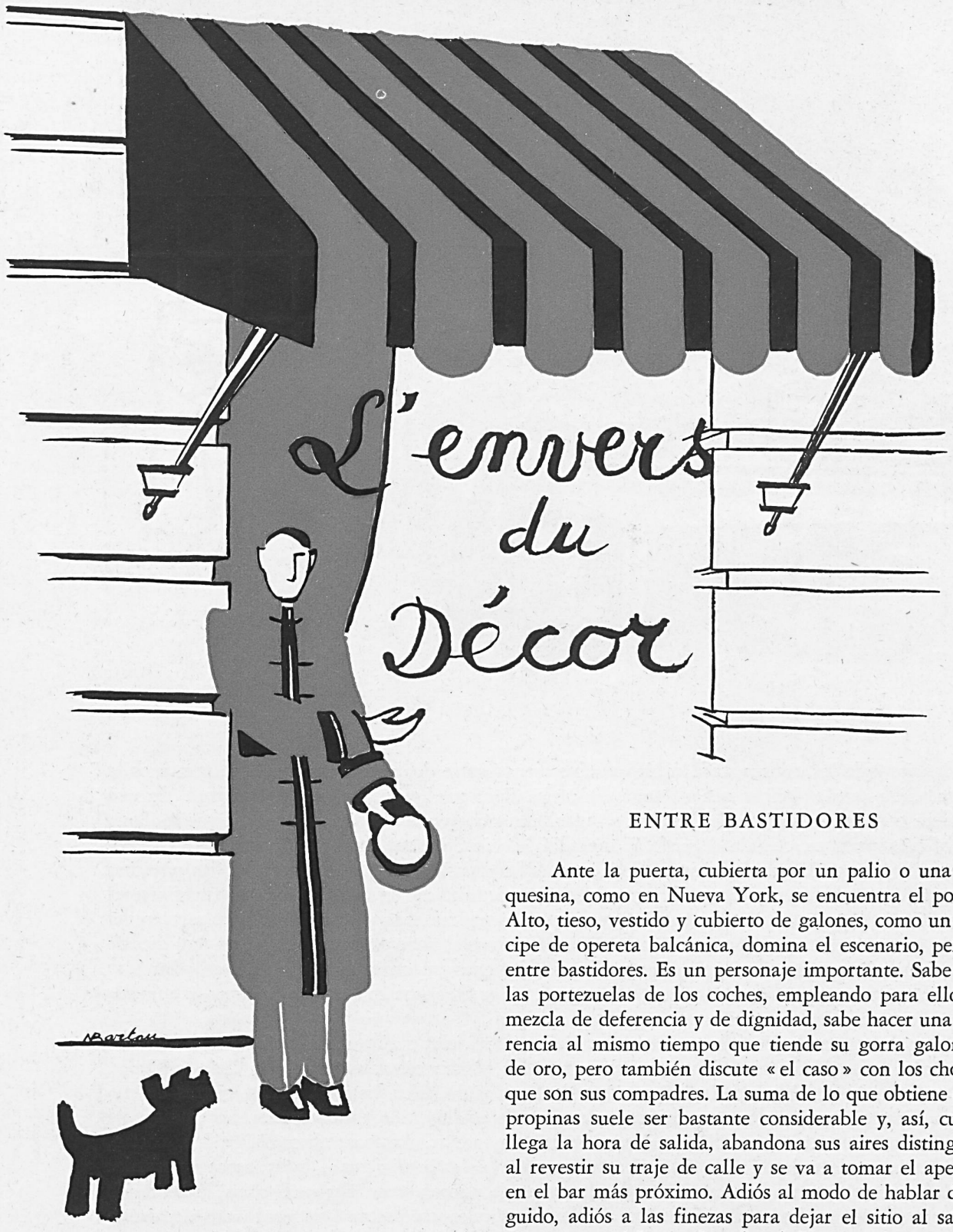
Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 11.08.2025

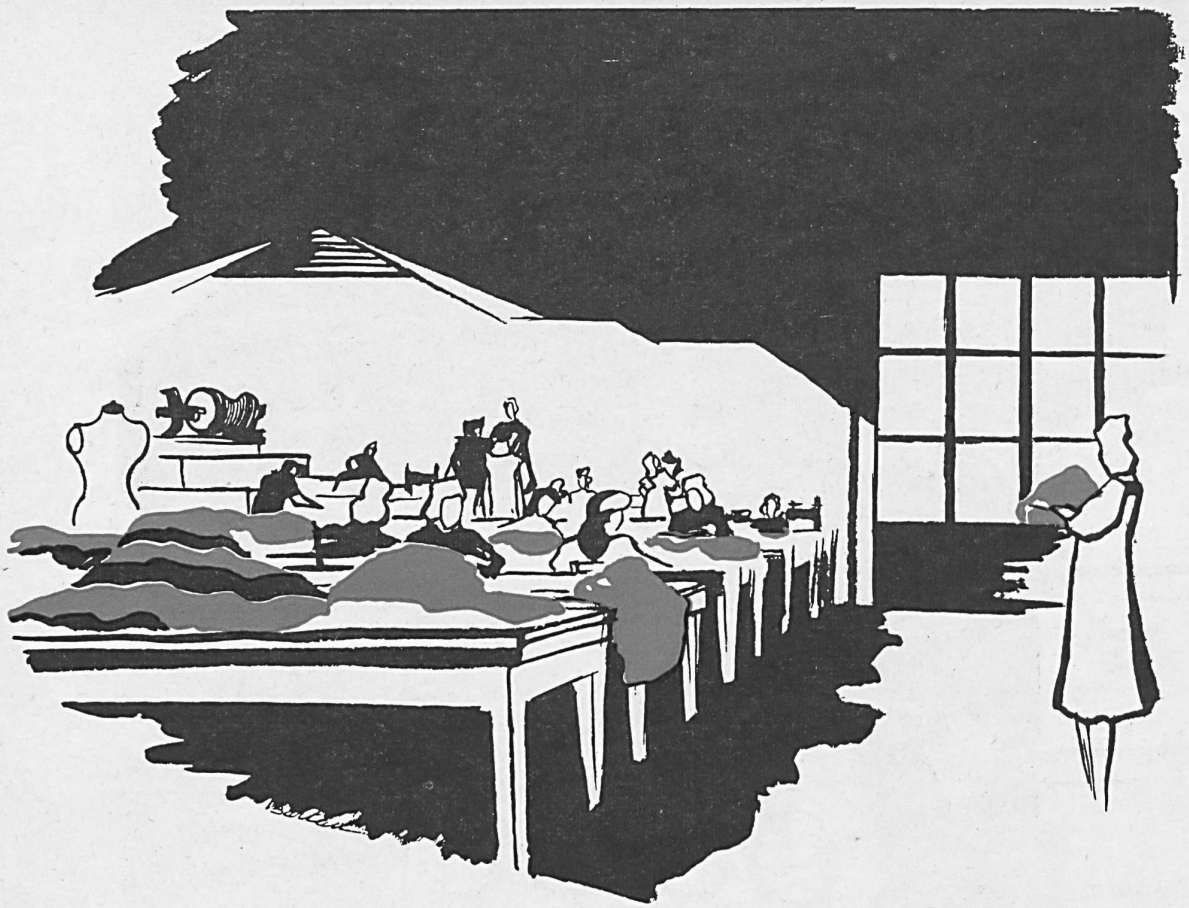
ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch



ENTRE BASTIDORES

Ante la puerta, cubierta por un palio o una marquesina, como en Nueva York, se encuentra el portero. Alto, tieso, vestido y cubierto de galones, como un príncipe de opereta balcánica, domina el escenario, pero no entre bastidores. Es un personaje importante. Sabe abrir las portezuelas de los coches, empleando para ello una mezcla de deferencia y de dignidad, sabe hacer una reverencia al mismo tiempo que tiende su gorra galoneada de oro, pero también discute « el caso » con los choferes que son sus compadres. La suma de lo que obtiene como propinas suele ser bastante considerable y, así, cuando llega la hora de salida, abandona sus aires distinguidos al revestir su traje de calle y se va a tomar el aperitivo en el bar más próximo. Adiós al modo de hablar distinguido, adiós a las finezas para dejar el sitio al sabroso « argot » parisiense. Las bambalinas están guardadas durante la noche en el almacén de decoraciones. — Y esto mismo es lo que ocurre en toda la casa del modisto de alta costura. Por una parte, el lado oficial de la representación, sonrientes vendedoras, hieráticos manequíes con aire desdeñoso. La vida real, empero, se encuentra detrás de las puertas, allí donde la clientela no penetra. Allí se vive como en una colmena. Pues la casa de la alta costura es como una colmena que vibra y zumba. La única diferencia es que se puede entrar allí sin que le piquen a uno.

Son las nueve, la hora de la entrada al trabajo. Van llegando las obreras, se las anota en la hoja de nómina y van subiendo al taller donde las espera la « segunda », mujer de confianza, disponedora, vigilante, eminencia gris de la « primera ». Se sacan los vestidos a medio confeccionar de



los armarios y de los cajones, cada equipo vuelve a encargarse del mismo que tenía entre manos la víspera. Bien puede decirse que se trata de un equipo que, generalmente se compone de una « primera mano », como jefe de fila, una « segunda mano » y una « pequeña mano », como se llama a la oficiala primera, oficiala segunda y aprendiza, debiendo ésta ejecutar los trabajos más fáciles y las terminaciones. Llegó el momento de la puesta en marcha, cuando se enchufan las planchas mientras se cuentan unas a otras los acontecimientos de la noche anterior con esa nota sentimental tan característica para las costureras. Las conversaciones picantes son más bien las que se oyen del lado de los maniquíes y de las vendedoras. Ella, la costurera, tiene un fondo de pureza. Los días de fiesta, como el de Santa Catalina, patrona de las solteronas, se canta en los obradores y las más aplaudidas son las canciones en las que « más que a ninguna » rima con « claro de luna » y « amor » con « dolor », o así por el estilo.

Las nueve y media. Las aprendizas y las jóvenes dedicadas a ello se dirigen hacia el almacén para recibir los tejidos y los accesorios. Por la mañana, el almacén es el alma de la Casa de Modas. En él se encuentran bien ordenadas las piezas de lanas y de sedas, botones, perlas, cierres de cremallera, cintas, grogrén, refuerzos, corchetes, botones de presión, tela para patrones. Las encargadas del almacén, con sus blusas blancas, guardan celosamente sus tesoros; discuten, miden, cortan, entregan. Saben de todo, la vida del taller, las manías de las « primeras », los géneros reservados para las clientas, los vendedores. Saben dónde se puede encontrar en París tal clase de brochado que no se fábrica ya desde hace diez años, dónde reaprovisionarse con la lana verde que el patrono reclama a voces, anoche; conocen los tintoreros, los fabricantes de botones, de cinturones, de perlas de vidrio. Todos los mecanismos de la casa engranan con el almacén. Las segundas vendedoras vienen a contar sus quejas, los maniquíes a escoger el tejido para su vestido, la contabilidad a protestar contra la entrega tardía de millares de papeles, las vendedoras a quejarse de que Lady Tal y Cual fué mal servida, las aprendizas, de que las mandan diez veces para el mismo recado: « No sabe lo que se quiere, esa oficiala ». Las almaceneras son las que distribuyen la sangre por toda la casa. Como el edificio rara vez fué construído para montar en él una Casa de Modas, moderna y bien concebida, casi siempre hubo que contentarse con locales antiguos, donde lo principal eran los salones, encontrándose el almacén frecuentemente en un cuarto oscuro, atestado, donde se pasa la mitad del tiempo poniendo en orden lo que se acaba de desarreglar. Pero hay allí por cientos de millares de francos en tejidos que, la temporada próxima, estarán ya pasados de moda si no se los

utiliza. También hay allí aparatos telefónicos con el exterior. Estar a buenas con las del almacén es tener la posibilidad de poder convenir una cita, de hacer trampas con el reglamento, de reservarse un corte para el invierno próximo, para poderse hacer un buen abriguito que no cueste demasiado. Ese es el punto de vista de las empleadas; el del jefe es que el almacén es un motivo de disgustos, un peso muerto, indispensable, pero costoso, y del que debe uno desconfiar. Pero la encargada del almacén no se preocupa por ello. Sabe que es indispensable. Es una valiosa oficina de información y prosigue su trabajo sin cuidarse de los gritos, de las rabietas, de los ataques de calentura. Debido a todo lo que precede, convendría recomendar al modisto que piensa establecerse que, desde un principio, tome como base el almacén, tal como un ama de casa moderna que, para su futura vivienda empezara por determinar dónde debía emplazar la cocina.

Los corredores y las escaleras son del dominio de aprendizas y segundas vendedoras. Generalmente, las aprendizas son las más jóvenes. Chiquillas de Belleville, de la «rue Mouffetard» o de un barrio próximo, se las emplea para todo. Van por todas partes, y se escurren por doquier. Qué de aventuras en los salones del piso segundo una estrella del cine se pruebe su vestido de soaré, y seguramente asomará en la puerta entreabierta el hociquillo listo de una aprendiza para admirar a aquella cuya foto está colgada con alfileres en la pared del obrador. «¡Oh! Mira, que guapa es...» (o lo contrario, a veces). La aprendiza está a menudo en la calle para hacer unos recados indeterminados. Cierto, que está prohibido, pero basta pasar sin ser vista por el vigilante. Además, tiene que salir para atender a los clases de perfeccionamiento profesional, lo que también sirve de pretexto para salidas apasionadoras. La aprendiza conoce los textos de todas las canciones de amor y, si apenas empieza a saber hilvanar, veinte kilómetros diarios de pasillos y de escaleras no lográn cansarla. Aunque siempre va apresurada, no por ello llega más deprisa. Vive la vida de la costura. Aprende a amara su ingrato oficio. Y ya — quince años, la edad de Julieta — sueña con el Príncipe Encantador.

La segunda vendedora, ya es otra cosa. Mejor dicho, ella es la cosa de otra. Pertenece a la primera vendedora que es quien la manda, quien la joroba y la embrutece. Proviene de otro ambiente social que la aprendiza. Generalmente, es su familia la que ha insistido para que la empleen, con una paga muy reducida, para aprender el oficio de vendedora que, más adelante, al cabo de mucho tiempo, será un trabajo muy bien pagado. La segunda vendedora ha de ser de aspecto bonito, elegante con sobriedad, estará bien calzada y vestida correctamente, y conocerá una lengua extranjera,

ganando, sin embargo, menos que una obrera. Cien veces por día irá como una tarabilla entre la contabilidad, la expedición, el cuarto de los maniquíes, el almacén y los salones de pruebas. No deberá tomar en serio cuando la acusan de estupidez. Aceptará todo con una sonrisa, como es su deber. Llegará un día, a no ser que se case y que abandone el oficio, cuando, a su vez, será ella la vendedora, cuando su cintura sea menos esbelta, cuando empiece a tener papada y a ajamonarse. Entonces, será ella quien educará a las jóvenes...

Por ahora, recorre los pasillos, pero, como « nobleza obliga », no le corresponde el mote reservado para las aprendizas, de « lapin de couloir ».

Mientras tanto, en el taller, donde por fin ha llegado la « Primera », vuelve a reinar el silencio. Las cabezas se inclinan sobre el trabajo extendido. De esos trapos sin forma, surcados por largos hilvanes blancos, de esos tejidos arrugados, saldrá el suntuoso vestido sobre el cual, negligente, Rita Hayworth dejará caer la ceniza de su pitillo. — Cuando salga del taller, las que le hicieron no volverán ya a verle después de llevar a cabo el último retoque, y si le vuelven a ver, será en alguna revista ilustrada que hojearán de noche, en su casa o en el tren de « banlieu », sintiéndose orgullosas, a pesar de todo, por haber creado un poco de belleza. *(Se continuará).* X. X. X.

Soieries de Zurich, broderies, dentelles et tissus de coton fins de St-Gall dans les modèles de la couture de Paris, hiver 1952-1953

CHRISTIAN DIOR
Satin Duchesse soie de *L. Abraham & Cie, Soieries S. A., Zurich.*

Photo Ostier-Heil

Tous les documents de Paris reproduits dans ce numéro représentent des modèles réservés dont la reproduction est interdite.

JACQUES FATH
Basra soie de *L. Abraham & Cie, Soieries S. A., Zurich.*

Photo Forlano

HUBERT DE GIVENCHY
Satin Duchesse soie de
L. Abraham & Cie, Soieries S. A., Zurich.

Photo Guy Arsac

JEAN DESSÈS
Basra soie de *L. Abraham & Cie, Soieries S. A., Zurich.*

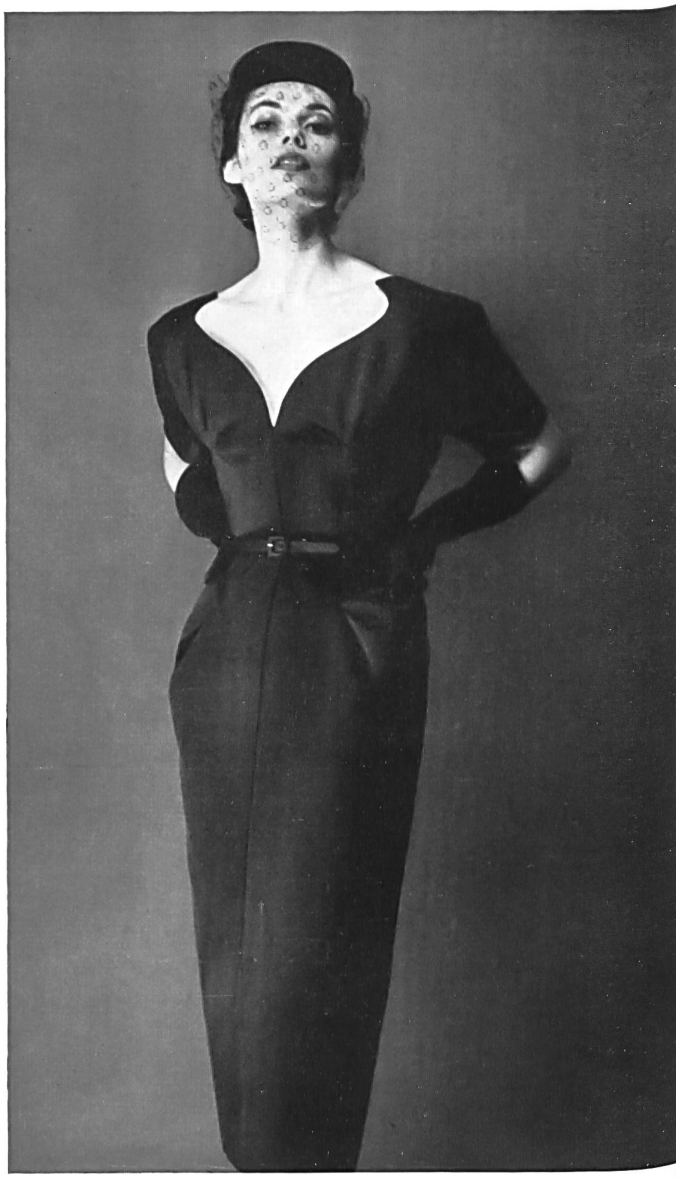
Photo Forlano

RAPHAEL
Satin tricotine glacé de
Rudolf Brauchbar & Cie, Zurich.

Photo Tenca

PAQUIN
Gabardine de soie de
L. Abraham & Cie, Soieries S. A., Zurich

Photo Guy Arsac



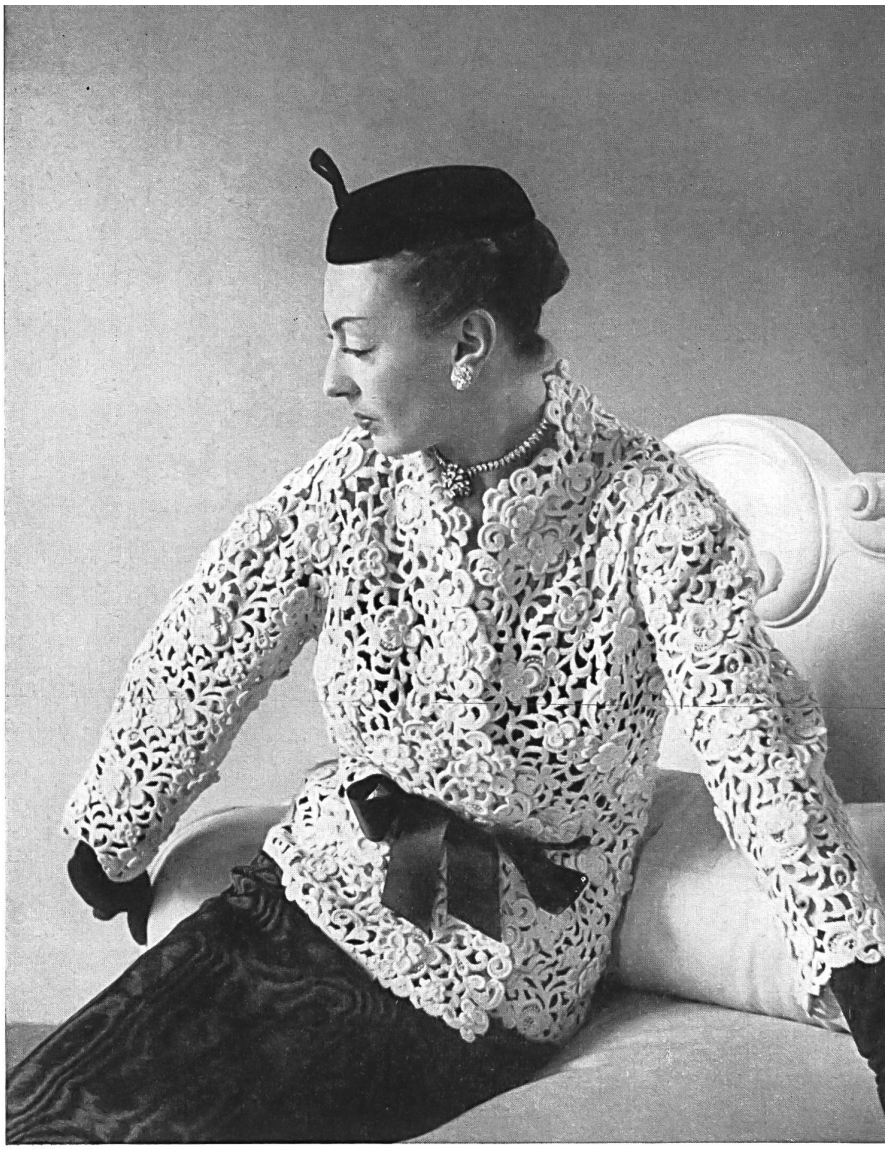
HUBERT
DE GIVENCHY
Broderie, imitation « tapisserie petit point », sur organdi, de *Forster Willi & Co., St-Gall* ; placée par Inamo, Zurich.

Photo Ostier-Heil

PIERRE BALMAIN

Dentelle en guipure mohair de *Forster Willi & Co., St-Gall* ; grossiste à Paris : Châtillon, Mouly, Roussel S. A.

Photo Mauranchon



BALENCIAGA
Broderie guipure de *A. Naef & Cie, Flawil* ; placée par Inamo, Zurich.

Photo Ostier-Heil

LE MONNIER
Motifs brodés sur organza de *Forster Willi & Co., St-Gall* ; grossiste à Paris : Châtillon, Mouly, Roussel S. A.

Photo Mauranchon

BALENCIAGA
Broderie guipure de *A. Naef & Cie, Flawil*; placée par Inamo, Zurich.

Photo André Ostier

CHRISTIAN DIOR
Le tissu de cette robe de cocktail, déjà publiée dans notre n° 3, est un tissu brodé à la main de la *Maison Hurel, Paris*. L'ampleur à la taille est donnée par le jupon, confectionné en organdi crin de *Union S. A., St-Gall.*

Photo Seeberger

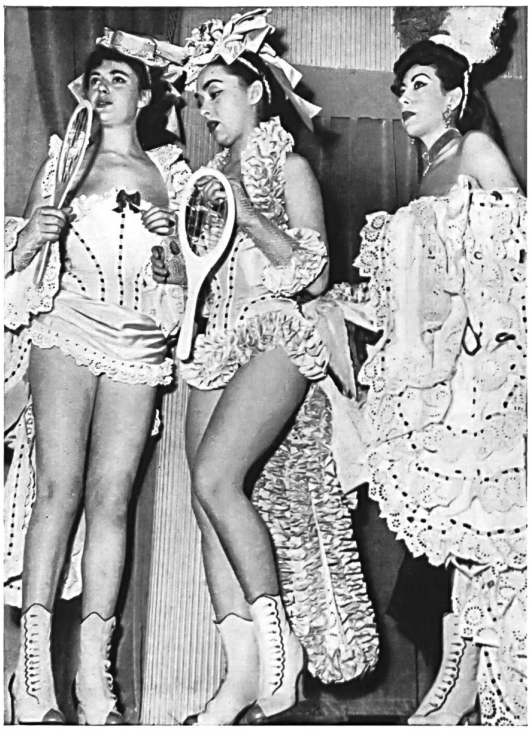
Théâtres et Cabarets de Paris

Succès des broderies et cotons fins de St-Gall

THÉATRE SARAH BERNHARD — Photo George Henri

Dans la « Dame aux Camélias », *Edwige Feuillère* porte une robe d'organdi blanc, garnie de guipure blanche.

Guipure blanche, broderie anglaise, passe-ruban.



« LA NOUVELLE ÈVE »

Photos George Henri

Broderie anglaise, percale trouée.

THÉATRE DES CAPUCINES

Galons en broderie passementerie noire d'*Union S. A., St-Gall.*

Photos Teddy Piaz

Photo Seeberger

JACQUES HEIM

Photo Wyden

Modèle d'une collection de demi-saison précédente en tissu « Lanella », laine et coton, de la *S. A. A. & R. Moos, Weisslingen (Zurich).*